

Arlet, Antonio y el unicornio de los sueños dulces

Arlet tenía siete años, una imaginación que no le cabía en los bolsillos y un amigo pequeñito llamado Antonio.

Antonio era un ratón de bigotes largos y orejas redondas. Era valiente, divertido y un poco torpe. Si había un charco, metía la pata. Si había una rama, se enganchaba la cola. Y si decía «¡Lo tengo todo controlado!», valía más apartarse un poco.

Juntos habían vivido mil aventuras. Pero aquel sábado, Arlet propuso una muy especial.

—Antonio, iremos al bosque a buscar un unicornio.

El ratón dejó de mordisquear la tostada.

—¿Un unicornio? ¿De aquellos con un cuerno aquí? —Se señaló la frente con tanta energía que se untó la nariz de mermelada.

—¡Exacto!

—Ya lo pensaba. Por eso me he puesto mermelada. Para dar buena impresión.

Todo el mundo decía que los unicornios no existían.

—Son cosas de los cuentos —le habían contado.

Pero Arlet quería ver uno con sus propios ojos. Por eso había preparado una mochila con agua, una mantita y una bolsa de golosinas.

—Para encontrar un unicornio necesitamos un lugar tranquilo, golosinas y mucha paciencia.

—De las dos primeras cosas, tenemos —dijo Antonio—. ¿La paciencia se compra en el horno?

El bosque olía a tierra húmeda y de hojas. Entre las ramas entraban hilos de luz, y los pájaros cantaban tan arriba que Antonio caminaba con la cabeza erguida.

—¡Mira, Arlet! ¡Aquel pájaro parece que traiga un sombrero!

PATAPAM!

Tropezó con una piña y cayó sentado sobre el musgo.

—He decidido descansar —anunció.

Arlet le ayudó a levantarse y continuaron hasta encontrar un claro. En medio había una piedra plana, rodeada de pequeñas flores. No se oían coches ni voces, sólo las hojas y el agua de un arroyo.

—Aquí —susurró Arlet.

Extendieron la mantita detrás de un arbusto y pusieron las golosinas sobre la piedra: nubes de azúcar, gominolas de fresa y tiras de colores.

Luego se escondieron.

Esperaron un rato.

Y otra.

Y otra más larga.

—¿Ya tenemos mucha paciencia? —preguntó Antonio.

—Aún no.

Al cabo de un momento:

—¿Ahora?

Arlet le miró.

—Vale, vale. Sigo teniendo.

Un ruidito rompió el silencio.

Ñam, ñam.

Arlet se volvió. Antonio tenía las mejillas hinchadas.

—¡Antonio! ¡Te estás comiendo las golosinas!

El ratón tragó.

—Solo comprobaba que fueran buenas. ¡Imagínate que el unicornio viene de muy lejos y no le gustan!

Arlet tuvo que taparse la boca para no reír demasiado fuerte.

Volvieron a esperar. Poco a poco, el ratón se quedó quieto a su lado.

Entonces, una gota cayó sobre una hoja.

Luego, otra.

Era una lluvia finísima, aunque el sol todavía brillaba. Arlet sacó la cabeza de detrás del arbusto y se quedó boquiabierta.

Un arco iris atravesaba el cielo.

Y alguien descendía.

Primero vieron cuatro pezuñas brillantes. Después, una crin que voleaba con los colores del arco iris. Y, por último, un cuerno nacarado que brillaba bajo el sol.

Un unicornio bajaba del cielo, deslizándose por el arco como un tobogán.

Aterrizó suavemente en el claro y se acercó a la piedra.

—Antonio… —murmuró Arlet—. Mira.

—Lo veo —respondió él—. Y esta vez no me he dado ningún golpe en la cabeza.

El unicornio olió las gominolas de fresa y probó una. Luego cerró los ojos, encantado, y se comió otra.

Arlet salió del escondite.

—Hola…

Antonio la siguió, pero pisó una punta de la mantita y salió rodando hasta los pies del unicornio.

Se levantó enseguida e hizo una reverencia.

—Antonio, a su servicio. Suelo llegar así.

El unicornio soltó una carcajada suave.

—Yo me llamo Celest. ¿Esta merienda es vuestra?

—Lo hemos preparado para ti —dijo Arlet—. Queríamos conocer un unicornio.

—Pues habéis escogido muy bien las golosinas. Las de fresa son mis preferidas.

Antonio miró a Arlet con orgullo.

—Lo sabía. Por eso las he dejado.

Celest bajó la cabeza hasta quedar a la altura de la niña.

—Gracias por la merienda y por esperarme. ¿Te gustaría hacer un viaje?

—¿En tu lomo? —preguntó Arlet.

El unicornio doblegó las patas para que pudieran subir.

Arlet se sentó sobre su lomo, blando y caliente. Antonio subió a sus espaldas y se abrazó a su cintura.

—¿Preparados? —preguntó Celest.

—¡Sí! —gritó Arlet.

—¡Un momento, que tengo una oreja del revés!

Pero ya despegaban.

El bosque se hizo pequeño bajo sus patas. Las copas de los árboles parecían un mar verde, y el arroyo, una cinta de plata.

—¿Dónde te gustaría ir, Arlet?

La niña no tuvo que pensarlo.

—¡En mi escuela!

Celest dio un salto entre dos nubes y, de repente, ya sobrevolaban el patio.

Todos los amigos de Arlet estaban allí: unos jugaban a pelota, otros saltaban a cuerda y algunos dibujaban con tizas de colores.

—¡Estoy aquí arriba! —gritó ella saludando.

Los amigos levantaron la cabeza. Un balón quedó abandonado en medio del patio y una cuerda dejó de girar.

—¡Arlet! ¡Es un unicornio!

Ella saludó con ambas manos, riendo.

Antonio también quería saludar, pero no se atrevía a soltarse.

—¡Saludad de mi parte! ¡Estoy muy ocupado cogiéndome!

Luego volaron hacia **Girona** .

Pasaron por encima de la muralla y de la catedral, siguiendo el río Onyar entre las casas de colores.

Arlet se inclinaba un poco para mirarlas mejor.

—¡Desde aquí se ven todas!

Antonio miró el reflejo en el agua.

—¡Arlet! ¡Hay otro ratón volando sobre un unicornio!

Volvió a mirar.

—Ah. Es bastante guapo.

Celest giró hacia el mar y pronto llegaron a **Barcelona** .

Dieron una vuelta alrededor de las torres de la Sagrada Família y pasaron sobre el Park Güell, donde los mosaicos brillaban al sol. Más allá, el mar estaba lleno de pequeños reflejos blancos.

Una gaviota voló un rato a su lado.

Antonio intentó poner cara de viajero experimentado.

—Buenos días. Nosotros también volamos a menudo.

Justo entonces, un viento le dejó los bigotes todos peinados hacia un lado.

Arlet todavía se reía cuando Celest le preguntó:

—Nos queda un último sitio. ¿Cuál eliges?

La niña respiró hondo.

—¡NUEVA YORK!

—¡Pues agarraos fuerte!

Celest subió cielo arriba. Cruzaron una nube que les dejó las mejillas frescas y corrieron por una franja de luz, con el océano muy abajo.

Cuando salieron al otro lado, frente a ellos se levantaba Nueva York.

—Uau… —dijo Arlet.

Los rascacielos eran tan altos que parecía que pudieran tocarlos con los pies. Pasaron junto al Empire State, vieron los caminos de Central Park y llegaron hasta la Estatua de la Libertad.

Antonio la saludó muy educadamente.

—¡Buenas tardes, señora! ¡Se le está enfriando el helado!

—¡Es una antorcha, Antonio! —dijo Arlet.

—Ah. Pues mejor que no la lama.

Celest dio una vuelta ancha sobre la ciudad para que Arlet pudiera mirarlo todo una vez más. Ella guardó silencio, con los ojos bien abiertos y las manos hundidas en la crin de colores.

Cuando el cielo empezó a teñirse de rosa, Celest puso rumbo a casa.

Arlet se había acurrucado sobre su cuello. A su espalda, Antonio luchaba contra el sueño.

—No duermo —murmuraba—. Vigilo con los ojos cerrados.

Aterrizaron suavemente delante de casa. Arlet bajó y ayudó a Antonio, que tenía una pata dormida y caminaba dando saltitos.

Luego abrazó a Celest tan fuerte como pudo.

—¿Volveré a verte?

El unicornio le acercó el hocico a la mejilla.

—Cuando tengas sueños muy dulces, Arlet, yo siempre apareceré.

—¿Aún más dulces que las golosinas?

—Mucho más.

Antonio levantó una patita.

—¿Yo puedo venir también?

—Claro. Os esperaré a ambos.

Celest despegó. Un arco iris apareció frente a él, y el unicornio le siguió hasta desaparecer entre las nubes.

Aquella noche, Arlet se acostó con una sonrisa. A su lado, dentro de una cajita con una almohada, Antonio ya empezaba a roncar.

Poco antes de dormirse, ella le oyó susurrar:

—En Nueva York... los helados... son demasiado grandes...

Arlet soltó una última risita y cerró los ojos.

En su sueño, Celest ya les esperaba.

Y Antonio, esta vez, se había puesto un casco.